



CATEQUESIS DIA 23 - TRATADO [183-190]

La importancia de Sagrada Escritura en nuestra vida

Claro que hace muy bien San Luis María en traer directamente verdades de la Escritura y explicarlas, porque necesitamos mucho de la Palabra de Dios para alimentar nuestra vida.

“Dirige mis pasos mediante tus palabras, para que no reine en mí injusticia alguna.” (Sal 118, 133)

La Sagrada Escritura no solamente nos lleva a Jesús, sino también a María. Por ejemplo, Scott Hahn, prueba la Asunción de María al Cielo en cuerpo y alma con textos del Antiguo Testamento haciendo una comparación del *Santa Santorum* (Tienda del Encuentro) donde estaba la Presencia de Dios, aplicado a Nuestra Madre María en cuanto que Jesús es la Nueva Presencia, y cuánto más perfecta, de Dios en la tierra.

“Hay un libro que lo explica todo, pero que desgraciadamente muy pocos quieren leer porque nos exige, con autoridad divina, que pensemos como él, y para ello vemos que hemos de dejar no sólo las inclinaciones de nuestra carne sino también innumerables ideas preconcebidas según el criterio mundano, las cuales, como las tenemos por buenas, resultan más difíciles de abandonar que los vicios.”¹ (Mons. Keppler)

“Recibid mi instrucción, y no la plata, y la sabiduría, antes que el oro escogido.” (Prov 8, 10)

«Y no la plata: El materialismo dice al revés; primero oro y plata, bienes materiales y vida cómoda; después veremos si hay sabiduría y si vale la pena dedicarse a ella. La divina sabiduría que nos habla a través de este libro y de toda la Biblia tiene una inmensa ventaja sobre todos los tratados de moral. “Una sola de sus sentencias, por breve que sea, encierra plenitud de pensamiento y una riqueza inefable. Es también la Escritura semejante a una fuente de inagotable caudal. Nuestros antepasados bebieron de sus aguas, según sus fuerzas; los venideros beberán también, sin que agoten la fuente, antes, al contrario, manará más copiosa y serán más abundantes sus aguas”»² (San Juan Crisóstomo)

“Toda palabra de Dios es acrisolada, es escudo de los que buscan en Él su amparo.” (Prov 3, 5)³

Oraciones marianas

Comparto tres oraciones para seguir profundizando, con San Luis María, en el amor a Nuestra Madre.

¹ Comentario de la Biblia, Mons. Straubinger. Sal 118, 133.

² In Génesis, Homilía 3

³ *Acrisolada*: Véase Salmos 11, 7; 17, 31 y todo el Salmo 118, que es el elogio de la Palabra de Dios.



María mírame

Esta primera es de *San Alberto Hurtado*. Haciendo Ejercicios Espirituales en su noviciado y contemplando el Nacimiento escribió así...

¡Madre mía querida y muy querida!

Ahora que ves en tus brazos a ese bello Niño
no te olvides de este siervo tuyo,
aunque sea por compasión mírame;

ya sé que te cuesta apartar los ojos de Jesús
para ponerlos en mis miserias,
pero, Madre, si tú no me miras,
¿cómo se disiparán mis penas?

Si tú no te vuelves hacia mi rincón,
¿quién se acordará de mí?
Si tú no me miras,
Jesús que tiene sus ojitos clavados en los tuyos, no me mirará.

Si tú me miras, Él seguirá tu mirada y me verá
y entonces con que le digas
“¡Pobrecito! necesita nuestra ayuda”;
Jesús me atraerá a sí y me bendecirá
y lo amaré, y me dará fuerza y alegría,
confianza y desprendimiento.

Me llenará de su amor y de tu amor
y trabajaré mucho por Él y por Ti,
haré que todos te amen
y amándote se salvarán.
¡Madre! ¡Y solo con que me mires!

¡Madre Nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos!

Esta otra, de *San Manuel González*, incansable apóstol de la Eucaristía, y, como no podría ser de otro modo para una amante de Jesús; gran amador de Su Madre.

¡Madre Inmaculada! ¡Qué no nos cansemos!
¡Madre nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos!

Sí, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte,
aunque la flaqueza nos ablande,
aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie,
aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos,



aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo...

¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre,
con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos,
y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario,
ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado Dios.

¡Nada de volver la cara atrás!, ¡Nada de cruzarse de brazos!, ¡Nada de estériles lamentos!

Mientras nos quede una gota de sangre que derramar,
unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar,
una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón,
un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies,
que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti
y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos...

¡Madre mía, por última vez! ¡Morir antes que cansarnos!

Madre, ¡sólo un suspiro!

Por último, una de mi autoría, que tanto menor es a las ya citadas, cuánto es menos virtuosa la pluma de la cuál salieron. Inspirada en las dos anteriores.

Madre mía, sólo te pido una cosa:
un suspiro.

¡Tanto necesito de tu Hijo y tantas veces se lo he pedido!;
tengo fe de que Él escucha nuestras súplicas, pero Madre,
si mis súplicas llegan por medio tuyo, todo será distinto.

¡Un suspiro, Madre, sólo un suspiro!

No te pido que me mires,
ni siquiera soy digno de eso,
mira solo a tu Hijo que yo he puesto en esa Cruz
y, mirándolo, suspira una vez por mi pobre alma.

Ese anhelo, ese deseo tuyo por alcanzarme un favor de tu Hijo,
que expresarás en un suspiro,
Madre mía, vale más que todas las oraciones
y que todos los sacrificios que pueda hacer yo durante toda mi vida.



Es más, ese solo suspiro tiene más poder
que todas las oraciones de todos los santos y ángeles del cielo juntos.

¡Un suspiro, Madre mía, sólo un suspiro!

No tengo que decirte qué necesito
porque nadie como Tú lo sabes.
Como en Caná, Madre mía, dile, con un suspiro,
que me falta el vino de las virtudes,
que mi caridad es egoísta,
que mi esperanza es débil y mi fe vacilante...

Dile que me cuesta olvidarme de mí mismo,
que no vivo su Evangelio con radicalidad,
que le temo a la Cruz.

Dile que confío demasiado en mí y muy poco en Él...

Pero, sobre todo, Madre mía, con ese suspiro,
pídele a tu Hijo que también me diga a mí esas palabras que dirigió a Juan,
que también yo pueda tenerte entre mis cosas más queridas⁴.

Pídele, Madre mía, que te ame de verdad,
como a mi Madre (¡pues lo eres!),
porque amándote, Madre,
estaré seguro de amar también a tu Hijo,
y eso -lo sabes, Madre-
es lo único importante y lo que más anhelo.

Un suspiro, Madre mía, ¡sólo te pido un suspiro!

¡Ave María y adelante!

⁴ En el texto griego la expresión “*eis ta ídia*” (en latín “*inter sua*”) se traduce mejor *la recibió “entre sus cosas más queridas”* o “*entre las cosas propias*” (pero “lo propio” entendido como algo “querido”). Esto supera el límite de una acogida de María por parte del discípulo, en el sentido del mero alojamiento material y de la hospitalidad en su casa; quiere indicar más bien una comunión de vida que se establece entre los dos en base a las palabras de Cristo agonizante. Cf. S. Agustín, In Ioan. Evang. tract. 119, 3: CCL 36, 659: “*La tomó consigo, no en sus heredades, porque no poseía nada propio, sino entre sus obligaciones que atendía con premura*”.